

ESTHER GARCÍA LLOVET

Sánchez



Madrid. Un Madrid nocturno en cuyo cielo de tanto en tanto se ve pasar alguna estrella fugaz. Un Madrid de extrarradio, de timbas, bingos, gasolineras de la M30, Casa de Campo y bares perdidos en la nada. Un Madrid crudamente real en el que de pronto puede suceder lo inesperado, e incluso lo mágico. Ese es el espacio que transitan los personajes de esta novela de perdedores en busca de una oportunidad.

Sus nombres son Nikki y Sánchez. En el pasado compartieron vida, después sus destinos se separaron. Ella ha estado trapicheando con tabaco en La Línea y ahora ha vuelto a Madrid y se ha metido en el mundillo de las apuestas y las carreras de galgos. Él, con fama de gafe y dado a desaparecer, debe dinero y acepta ayudar a Nikki cuando ella lo llama. La propuesta de Nikki a Sánchez: que la ayude a entregar un galgo de nombre Cromwell a una italiana que se dedica al negocio de las carreras. Y durante una interminable madrugada la pareja transitará por un Madrid espectral en busca de ese galgo y se topará con un montón de extraños personajes, como la artista serbia que acaba de celebrar en pleno bosque una performance consistente en comer carne cruda de ciervo durante veinticuatro horas...

Índice de contenido

Cubierta

Sánchez

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Sobre la autora

Para Jorge

Cinco chavales debajo de una farola. Cinco sordomudos hablando por señas, estaban debajo de la farola porque solo podían verse ahí, no en la oscuridad, donde no habrían podido charlar ni entenderse y no había absolutamente nada ni nadie. Mucho silencio. Las dos de la madrugada. Más fácil todo que comer con las manos.

Lo reconocí desde la otra punta de la calle. Llevaba los mismos bermudas de tapicería antigua, el reflectante amarillo en la zapatilla derecha, lo había reconocido además por esa forma de caminar de chulo de feria, de guapo gastado, de Sánchez. También sabía que solo podría encontrarlo ahí, en las máquinas expendedoras, que eran el único sitio donde conseguir algo de comer o beber a esa hora de la noche en esa zona de oficinas. Yo lo miraba desde el coche, que había aparcado en la otra acera y donde llevaba un buen rato sentada, con las luces apagadas y los pies sobre el salpicadero, esperando.

Primero metió una moneda que se tragó la máquina. Metió otra moneda, luego otra más, pero la máquina seguía sin darle nada. Le dio lo mismo. Aún llevaba el pelo grande, rizos, un nido de buitres. A la cuarta moneda la máquina dejó caer una lata. Sánchez apoyó la espalda contra la superficie helada del vidrio, rompió la anilla y los cinco grandes templos mayas del Complejo Azca nos devolvieron el eco en cinco segundos sucesivos.

Lo llamé:

—Sánchez.

Se dio la vuelta. Levanté el brazo para que me viera. Dio un trago largo a la lata mientras me miraba, no hizo ningún gesto hasta que acabó de decidirse y se acercó arrastrando

los pies. Parecía cansado, que es lo que se lleva ahora, estar agotado y alerta a la vez. Llevar una vida de hipertenso.

—Te has maquillado —fue su primer comentario. Esa cara de vuelta de todo.

—Vengo de una fiesta —dije. Yo seguía sentada al volante, no quería salir si no era necesario—. Unos cafeteros que están de paso.

—Antes no ibas a fiestas.

—Me he pintado porque llevo tres días sin dormir —mentí.

—Tres días sin dormir, dice la tía; y yo cinco, y quince —soltó. Estaba de mal humor, tenía los ojos congestionados y pinta de llevar bastantes días sin darse una ducha—. Un mes. Se me hacen las noches interminables, interminables, Nikki, todo el rato el ruido de la nevera, de la calle, me jode, me siento en la cama, oigo los motores de los coches, los perros, los pasos de las tipas por las esquinas. Oigo arder hasta el filamento de las bombillas.

—Cómprate un despertador y verás qué rápido te duermes.

—Como siga así voy a acabar reventando joyerías.

Bostezó. Dio otro trago a la lata, con el que se enjuagó la boca antes de tragar.

—¿En qué estás metido ahora?

No me contestó nada, estrechó los ojos como si estuviera calculando algo muy deprisa. Podría ser elegante, entrar en el mar andando con capa y todo, tenía un dinero por ahí guardado, pero en algún momento de pánico había preferido esta vida de todo en un día, la cosa rápida, los asuntos concretos que siempre salen mal.

—Alquilo pisos piloto.

Cómo me gusta Madrid, pensé. Qué buenos somos aprovechando las sobras, lo blanco del filete, los estadios de fútbol, un día nos van a dar un premio internacional al reciclado y ya veremos qué hacemos con él.

—Te llevo a casa —le propuse.

—A qué casa.

Abrí la puerta del coche para que subiera. Dudó unos segundos. Miró a un lado y otro de la Castellana, los pasos de cebra de la Castellana, las mil rayas de farlopa una detrás de otra, el rastro traslúcido de la velocidad de los coches a esa hora de la madrugada. Entró. El asiento estaba cubierto de papeles sueltos y cuadernos y cajetillas de tabaco. Al dejarlos en la parte trasera descubrí una docena de cajas de cartón apiladas con cuidado. Sánchez tiró al suelo el envoltorio de la Pantera Rosa, que se comió de una sola vez, seguía alimentándose de eso, de plástico, de envoltorios, de subidones de insulina, y se sentó a mi lado.

—¿A quién le has levantado este coche tan feo? —me preguntó.

—A un sordomudo.

La última vez que había visto a Sánchez fue unos tres años atrás, en una timba de las que montaban por Tetuán, muy cerca de la Dehesa de la Villa, en la trastienda de un local de uñas de gel que hacía esquina y que unos meses más tarde reconocí en un reportaje de la tele sobre juego clandestino en Madrid. En el reportaje hablaban de cómo se montan las timbas, era un programa de los de madrugada, a veces sacaban La Meco por dentro o entrevistaban a gente del clan de Los Charlines o a rumanos de los que rescatan botines millonarios en forma de cobre de nuestra infinita basura ambulante. Ese tipo de programa. El tema de la timba lo explicaba una mujer con la voz distorsionada, sentada de espaldas a la cámara, se lo sabía todo de pe a pa, yo enseguida adiviné que era la dentista de La Ventilla y me pregunté cuántos billetes le habrían pasado por largar lo que estaba soltando tan alegremente por la boca. Las timbas clandestinas hay que montarlas en un lugar ni demasiado apartado como para que luego te puedan robar fácilmente a la salida, decía la dentista, ni tampoco demasiado céntrico como para que cueste encontrar aparcamiento. Y con un vigilante fuera para avisar si se presenta quien no debe presentarse. En la timba del local de uñas de gel fue el vigilante mismo quien acabó asaltando a los jugadores. Se vio en el programa de la tele, el vigilante era un chino pariente de la propietaria del local, lo descubrieron por la cámara de seguridad de la tienda de enfrente. Unas buenas somantas de palos que metía, con una vara de un metro. Así que se cerró la timba, se cerró el local de uñas de gel, y ya no volví a ver a Sánchez después de

aquella partida que duró tres días y que perdió él, Sánchez, como no podía ser de otra manera.

Sánchez se mudó por Hermanos García Noblejas, cerca del Bingo, me enteré a las pocas semanas, yo intentaba no perderle nunca la pista. A veces parecía su agente de la condicional. Había subarrendado un antiguo garaje reconvertido en taller de chapa y luego en piso de estudiantes, con suelo de arena y cemento, hasta que se hizo con una licencia de taxi y empezó a dar vueltas por Madrid. En turno de noche. Vueltas y más vueltas por el Madrid del desierto de Nevada. Algo se le empezó a fundir muy lentamente, entonces: el sentido del humor, las sinapsis, su particular campo semántico, perdido todo en borracheras ajenas, en vomitonas oceánicas junto a las tapias del Retiro, en huidas por las cuestas abajo y en picado de La Prospe.

—Cuánto, cuánto tiempo sin verte, Nikki.

—He estado en La Línea —le dije—. Moviendo tabaco, me va fetén, ahora tienen más vigilancia en alta mar que en tierra. Podríamos volver por allí y subirnos a la Zodiac. Qué te parece. Todo a levante.

—En La Línea nos conoce demasiada gente ya.

—Y qué más da. Pero si es para que te dé el aire, comer fideos fritos, bajar a la playa. Esas cosas. Tienes que salir más, Sánchez.

—Y tú qué sabes si salgo o no salgo.

—Me lo han dicho.

—Y qué más te han dicho, si se puede saber.

—Que te pasas el día metido en los bares de los hoteles, rodeado de turistas.

—Es donde me siento en casa.

—Sí. Con gente que no es de aquí. Tienes que ir a las casas de los amigos, me entiendes, o de bares, o de putas, da igual, pero tienes que salir de tu agujero de una vez. Ve a ver a los polacos.

—¿Para qué?

Lo miré.

—Porque pareces un fantasma.

Y así era. El fantasma de un fantasma. Había pasado una temporada larga, medio año o más, sin saber nada de él. Después de lo de Tetuán empecé a verlo mucho otra vez, a seguirlo de lejos, de noche. Sentado en el asiento de atrás del coche de alguien, a veces en marcha, otras aparcado, mientras su colega o amigo o lo que fuera conducía. Su colega nunca era el mismo pero Sánchez iba siempre atrás, sin hacer nada, igual estaba para vigilar o llevaba una pistola, algo que no me pegaba nada en él, pero sí tenía pinta de no pisar nunca el suelo y estar ahí metido veinticuatro-siete, sin abrir el pico, mirando una calle tras otra, los ojos muy abiertos en la oscuridad. Nunca le pregunté nada. Quizás vivía ahí, en los coches. No sé cómo fue pero se había acabado convirtiendo en eso tan raro que es un guapo triste, un chulo sin ganas, un macarra de bajona.

—Haz lo que te salga del culo —le dije.

—Es lo que hacemos los fantasmas.

Arranqué el coche. Sánchez siguió bebiendo de su lata, estaba tan moreno que la piel de la base de las uñas resultaba de un blanco casi radiactivo. La lata era un Red Bull. Era lo que tomaba habitualmente para dormir.

Al llegar a Bravo Murillo nos cruzamos con un 27, como era verano ponían a conductores sin experiencia, novatos que se pierden muy fácilmente, acaban en rutas que no les corresponden, a unas horas que no les corresponden ni de lejos, con viajeros que no dicen nada o se quedan a dormir la mona en los asientos de atrás sin llegar a bajarse en toda la noche. Hacía muchos meses que no caía una tormenta que despejara el aire bruto de Madrid.

—¿Y tú en qué estás metida ahora?

—En una carrera.

—Otra vez has vuelto a lo de las carreras.

—Esta es de galgos —dije—. Con unos irlandeses que vienen de Gales.

—Con unos galeses.

—La ha montado Filardi, en la finca de los Melero, los de los repuestos. Va a venir gente de todas partes, de Alemania, de Croacia, de Badajoz, de todas partes.

—¿Quién es Filardi?

—Va a ser el taquillazo del verano, con apuestas de tres mil para arriba. Hay un perro. Hay un galgo, un galgo que es una mala bestia. Tendrías que verlo. Filardi ha montado la carrera solo para él.

—Un galgo. —No parecía interesarle el tema.

—Es ganador fijo, probabilidad del mil por mil. Parece que no pisa el suelo cuando corre, lo he visto en un vídeo, vuela, un dardo, como si se lo llevaran los diablos.

—¿Apuestas de tres mil, dices?

—Más o menos.

Se quedó pensando un momento.

—No sé nada de galgos —dijo.

Yo tampoco, solo que a los gitanos les gusta andar con un galgo al lado, da caché, son elegantes, algo por el estilo. Saqué del bolso una copia en papel del Segunda Mano.

—Lee —le dije—. Lo rojo. Ahí.

Sánchez encendió la linterna del móvil y leyó en voz alta.

—«Se venden tres cachorros m y h hijos de Pirri y sobrinos de Camarón, abstenerse curiosos y mareantes. Vendo galgo color barquillo, hijo de Careto y Chenoa, paso muy duro, con una codicia espectacular. Pongo a disposición mi semental registrado en L.R.O., raza por los cuatro costados. MECAGO en el último muerto más reciente del k se ella yeba o las perras. Ataron bien los pantalones que yo ando por toda España.» —Se echó a reír—. Y a cuánto corren los perros estos.

—A mucho. A sesenta por hora.

—Sesenta por hora no es nada.

—Pues a ochenta.

—Yo corro a sesenta por hora.

—El portugués va a venir también.

—¿Y cuándo es la carrera?

—Mañana por la mañana. A las ocho, en la finca.

—De puta madre.

—Ya lo creo. Ganamos seguro.

Se echó a reír. Luego se calló. Y luego dijo:

—¿Y qué se supone que estamos haciendo aquí a las tres de la mañana?

—Las dos y media.

Me miró.

—¿Adónde vamos? —me preguntó muy despacio.

Me salté un semáforo. Me salté dos semáforos. Me salté tres semáforos.

—Vamos a tomar algo para celebrarlo.

—Digo que adónde vamos, Nikki.

No me sobraba tiempo para andar perdiéndolo.

—Tú sabes dónde vive Bertrán, ¿no? —pregunté.

Se hizo un silencio de un semáforo. Dos semáforos. Tres semáforos.

—Para el coche —dijo.

Metí la cuarta.

—Nikki, para el coche.

—Solo va a ser eso —le interrumpí—. Saber dónde vive Bertrán, ya está. Te lo juro.

—Me voy a bajar.

Sí, esa era su cara cuando se enfadaba, la recordé otra vez. Acelaré.

—No te va a llevar más que media hora, un par de llamadas como mucho.

—Tengo cosas mejores que hacer.

—Tú nunca tienes nada que hacer.

—Vete a la mierda.

—¡Cierra la puerta! —grité.

Pero no cerró la puerta. Estábamos en medio de la Castellana, era zona de controles, el coche no era mío. Reduje la velocidad, me desvié al lateral. Dijo algo por lo bajo, abrió la puerta, se bajó y salió dando un portazo. No se

despidió, tampoco parecía que tuviera ninguna prisa. Caminaba, caminaba, caminaba, Sánchez. Unos metros más adelante empezó a correr. Llevaba siempre zapatillas deportivas para eso, para correr de noche, no sé si huyendo del sueño o persiguiendo el sueño o de puro aburrimiento. Se aburría siempre, Sánchez, era flaco, no sudaba nunca. Cuando vivíamos juntos pasaba casi todas las horas del día jugando a la Play, asaltando pistas de aeropuertos y trenes de dinero. Mucho más tiempo en la Play que aquí, en Madrid, en la realidad, en los pisos piloto. Lo único que lo espabilaba de verdad era la idea de dar un palo, bastaba con decirle que íbamos a bajar a La Línea y saltaba como un resorte del sofá, arrastrando los vaqueros, el pelo aplastado, descalzo.

El invierno siguiente a que nos separásemos un amigo común me dijo que lo había visto, a Sánchez, en la iglesia del Cristo de Medinaceli. Me pareció muy raro; más bien me dio un poco de miedo. Lo llamé un par de días más tarde. Era media mañana. Debía de estar en un bar porque había mucho ruido de fondo, de fútbol, y estaba un poco borracho. Me dijo que estaba bien, todo de puta madre, que quería irse a vivir a Canadá, la naturaleza, tres metros de nieve, cortar leña, esas cosas. Los renos. Le pregunté por lo de Medinaceli como si fuera una broma pero no, no era una broma en absoluto. Parece ser que le habían dado un folleto por la calle sobre ese Cristo de peluca roja. Hacía milagros, decía. Milagros a mansalva. Los jueves se montaban unas colas tremendas, unas colas de penitentes que daban la vuelta a la manzana desde el martes anterior, me dijo. «Viene gente de todas partes», me dijo. «Viene hasta gente de fuera, muchos franceses, italianos, un kilómetro de gente. Hay una ambulancia aparcada todo el día, lo he visto. Viajar mil kilómetros para curarte de algo y acabar metido en una ambulancia. No te jode», me dijo. Luego se quedó un momento pensando. O igual estaba bebiendo. «¿A ti cuánto te parece que dura un milagro?», preguntó al

cabo de otro rato, ya habíamos cambiado de tema, yo estaba a punto de colgar y darlo por perdido. «Me entiendes, entre que la gente reza y ocurre el milagro. Porque si pasan, no sé, tres años, ya no sería un milagro, digo yo. Tiene que ocurrir al momento, instantáneo, aunque sea a cámara lenta, los santos vienen de otro siglo, tienen otros métodos.» Luego empezó a contarme algo sobre Cobo Calleja. Le aconsejé que dejara de jugar a la Play una temporada y me dijo que de acuerdo. Pero no lo hizo. Ni dejar de jugar a la Play ni bajar a esperar los milagros del Cristo, que viene a ser más o menos lo mismo. Unas semanas o unos meses más tarde me dijeron que había empezado a alquilar puestos en la cola de la iglesia. Él hacía la espera de los turnos de noche a cambio de dinero, un dinero limpio y rápido, directo de manos que eran todo inocencia. Se sacó unos buenos cientos hasta que llegaron los mafiosos de las colas, los mafiosos de verdad, los polacos de Cracovia, y lo retiraron del tema con una paliza que lo sacó de la esfera astral del Cristo de Medinaceli y lo trajo de nuevo a la esfera cutre de las cosas madrileñas.

Después le cambió la suerte de nuevo. Reventó Forocoches, andaba con cuatro móviles a la vez, uno por cada palo que tenía montado, se hizo un viaje a Ciudad del Este. Le perdí la pista otra temporada. Hasta la partida en Teuán.

Seguía pareciendo mucho más joven, podía pasar por un treintañero de mala vida perfectamente. Había dejado de correr y se había sentado en el borde de un macetero, a los pies de un olivo que parecía que llevara un par de milenios ahí plantado, esperándolo, de cartón. Se lió un cigarrillo. Lo fumó entero y sin prisa y después esperó un par de minutos y finalmente sacó el móvil. Marcó y sonó el mío, aunque podría haberse acercado al coche, sabía de sobra que estaba aparcada a menos de diez metros, y que lo estaba mirando.

—Vamos a ver qué tienes que contarme.

Hay que hacer muchas cosas cuando alguien la palma, y muy deprisa, como si el muerto en cuestión fuera a volver de un momento a otro y sorprendernos haciéndolo todo mal, por eso cuando me llamaron para decirme lo de mi amigo cogí un taxi y me presenté en su casa, un apartamento minúsculo por Avenida de América, justo debajo de los enormes neones rojos de Iberia. Era un quinto piso. Alguien se había dejado encendido el ventilador del techo y la tele, porque toda la habitación parecía inmersa en ese resplandor submarino y narcótico de las teles de plasma, se veía desde la calle. Nadie tenía las llaves para entrar. Estábamos Bertrán, la china y yo y algún vecino que no se había enterado de nada y nos preguntaba qué había pasado. Yo no tenía ni idea. Mi amigo en realidad no lo era tanto, era apenas un conocido a quien le había prestado una cámara de fotos para no recuerdo qué, y yo estaba ahí con la idea de recuperarla. Pero no había forma de entrar. La china me pidió tabaco. Era muy alta, cerca de dos metros, como son altos los chinos cuando se pasan, y vestía siempre el chándal de baloncesto. Llevaba unas gafas de diez dioptrías por lo menos y había venido a lo mismo que yo, a recuperar algo, y por eso nos pusimos a fumar juntas para apartarnos un poco de Bertrán, que nos miraba de lejos, con su Lacoste de cuello subido y sus pulseras de cuero, un veinteañero de Majadahonda. La china era coleccionista, como el muerto. De catálogos de Ikea viejos, de mandos a distancia viejos, de cosas que no sirven para nada ni valen nada hasta que alguien decide lo contrario y lo usado pasa a ser antiguo. Bertrán nos miraba de cuando en cuando, con las manos en los bolsillos, no se ponía a hacer como que hablaba por el móvil, que es lo que hace todo el mundo cuando está solo en público, en realidad parecía que sabía algo y nosotras no. Pero es algo que suele ocurrirles a los hombres guapos, igual son guapos por eso, porque nunca se inquietan y saben que todo se pone naturalmente de su lado y están siempre morenos. El hombre guapo no se pierde por